

LA VIDA RELIGIOSA FRENTA AL ABUSO SEXUAL EN AMBIENTES ECLESIALES

**Hno. César
Henríquez, FMS***



*Hermano marista, originario de El Salvador. Se ha dedicado durante más de quince años a la promoción y defensa de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes en diferentes roles dentro de su Congregación. Es vicepresidente de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de El Salvador (CONFRES) y es miembro de la Comisión CLAR para el Cuidado y Protección de Niños, Niñas, Adolescentes y Adultos Vulnerables. Actualmente desempeña labores pastorales, sociales y educativas en una zona rural de El Salvador."

"El abuso de menores es una especie de 'homicidio psicológico' y en muchos casos un borrar la infancia", dijo el papa Francisco al recibir en audiencia a miembros de una fundación italiana que se dedica a la protección y defensa de los derechos de niños maltratados¹. Esta frase nos recuerda la gravedad de esta realidad que afecta a miles de niños, niñas, adolescentes y personas vulnerables en todo el mundo, en nuestros países de Latinoamérica y que, lamentablemente, también ha llegado al interior de nuestras comunidades eclesiales y religiosas. Esta terrible realidad ha tocado muy hondo nuestra identidad y nuestra misión como religiosos y religiosas: nos vimos sobrecogidos al constatar que hubo casos al interior de nuestras propias comunidades, nos tomó desprevenidos pues, por una confianza ingenua, pasamos por alto tantas señales y signos de la presencia del abuso. Nos fue difícil creer y aceptar que personas cercanas a nosotros, conocidas por años y muy queridas, habían sido capaces de un crimen semejante. El sentimiento de vergüenza se debió, no solo al escándalo, sino principalmente, al reconocer que habíamos fallado a nuestro llamado a ser sembradores de la Buena Nueva y que, como institución, habíamos fallado al respeto a las personas. De alguna manera, ya sea por comisión o por encubrimiento, por omisión en nuestra responsabilidad de de-

¹ Francisco, "Discurso a los miembros de la Asociación "Meter".

nunciar o en establecer estrategias de prevención... e incluso por ignorancia o ingenuidad... todos hemos sido, de alguna manera, parte del problema.

Ahora que hemos tenido tiempo para situarnos frente a nuestro fallo, queremos, también desde la humildad y el compromiso, dar pasos concretos en crear procesos de reconciliación, de sanación y de apuesta decidida por la vida de los más pequeños y vulnerables. Queremos, de esta manera, renovar una vez más nuestro compromiso por el Reino anunciado por Jesús de Nazareth, nuestro Hermano y nuestro Maestro. Esta realidad del abuso al interior de la Iglesia y de nuestras comunidades religiosas no debe sumirnos en la derrota y en la desesperanza; más bien, es una oportunidad de retomar una vez más la originalidad y autenticidad de nuestra llamada carismática. Así pues, desde una óptica del Evangelio, surgen reflexiones y llamadas que nos exigen ponernos de pie y hacer camino. Es el ejercicio que queremos, como Comisión, ofrecer en esta tarde.

En primer lugar, resuenan las palabras del capítulo 3 del libro del Éxodo: *"He visto la opresión de mi pueblo y he bajado a liberarlo"*. Partimos de la convicción de que Dios toma postura por las víctimas, por las personas vulnerables que han resultado profundamente afectadas en sus vidas y en su fe. Sus voces, así como las voces de sus familias y de las comunidades

afectadas por los abusos sexuales son un reclamo a la Vida Religiosa que camina en América Latina. Y este reclamo tiene varias facetas:

Es un *"reclamo" de las víctimas*: porque nos pide hacer nuestro, el dolor y sufrimiento de quienes han padecido abusos por parte de religiosos y religiosas en nuestro continente.

Es también un *"reclamo" evangélico*: porque el Evangelio nos recuerda que el Reino trae *"Vida en abundancia"* para todos (Jn 10,10). Las actitudes de Jesús ante los pequeños y ante las personas que sufren, nos recuerdan que las personas y su dignidad son el criterio fundamental de toda consideración moral o religiosa.

Es además un *"reclamo" eclesial* porque, como dice San Pablo: *"si un miembro sufre, todos sufren con él"* (1Cor 12,26). Fue precisamente esta cita la que el papa Francisco utilizó al iniciar su *"Carta al Pueblo de Dios"* donde abordaba el tema de los abusos, y en esa carta recordaba que *"es imprescindible que como Iglesia podamos reconocer y condenar con dolor y vergüenza las atrocidades cometidas por personas consagradas, clérigos e incluso por todos aquellos que tenían la misión de velar y cuidar a los más vulnerables"*². No podemos ignorar tampoco las heridas que esta realidad ha causado al interior

² Ver a Francisco, *"Carta al Pueblo de Dios"*.

de las comunidades eclesiales; heridas que han generado confusión, rechazo, abandono y tantas otras consecuencias lamentables para la vida fraterna, esencial a nuestra experiencia de fe.

Finalmente, es un "reclamo" de la realidad que vivimos porque, como miembros que somos de la sociedad, también nos sentimos indignados por la violencia y los abusos que son crímenes que atentan contra la dignidad de las personas.

Frente a estos múltiples reclamos, hacemos un ejercicio de reflexión que nos lleva a la acción. Nos ilumina la utopía del Reino de Dios, la palabra y la práctica de Jesús, a quien descubrimos en el Evangelio y en los diferentes carismas de nuestras familias religiosas, para aportar caminos de esperanza y vida a las comunidades eclesiales donde nos encontramos. Nos sentimos compañeros y compañeras de camino en el peregrinar como Iglesia, en seguimiento constante de Cristo. Y, para andar juntos este camino, vemos necesario adoptar estas actitudes:

Humildad: Es necesario que reconozcamos el daño que se ha causado desde el seno de nuestras comunidades, así como el silencio que, consciente o inconscientemente, hemos promovido. Debemos evitar las excusas vanas y superficiales que intentan restar gravedad a lo sucedido, porque, si bien la mayoría de los abusos se

dan fuera de ambientes eclesiales, uno solo, ya es demasiado.

Escucha: Es indispensable acoger con ternura a las víctimas y devolverles el lugar que les fue arrebatado cuando fueron abusados en cualquier acción que busque dar respuesta a este flagelo al interior de nuestras comunidades eclesiales y religiosas.

Colaboración: La complejidad del abuso, en sus numerosas causas y factores de riesgo, nos pide trabajar en equipo, de manera interdisciplinar, y apoyándonos entre las diferentes congregaciones, para presentar respuestas acertadas en las diversas realidades en las que nos encontramos.

Esperanza: Las sombras que esta realidad ha vertido sobre nuestra Iglesia y sobre la sociedad no tienen la última palabra. Nuestra fe en la Resurrección de Cristo nos lleva a la convicción de que el amor de Dios puede superar todo signo de muerte.

Búsqueda de la Justicia: Recordemos que la justicia consiste en "dar a cada uno lo que le es debido"³. A los culpables, sin duda, un castigo⁴; pero y principalmen-

³ Ver a Juan Pablo II, "Audiencia General sobre la Virtud de la Justicia".

⁴ Una de las críticas más duras a los procedimientos de la Iglesia ha sido su "suavidad" frente a los agresores. Ante el delito, es preciso que haya un castigo: es una cuestión de justicia, y

te, una reparación a las víctimas. La centralidad de las víctimas en su búsqueda de verdad y justicia, restituirles en su dignidad, debería ser uno de los criterios más importantes en las acciones que desarrollamos.

Misericordia: Debemos mostrar que hemos entendido aquello de que Dios quiere misericordia y no sacrificios (cfr. Os 6,6). Dios es Amor, y ese Amor es el que nos impulsa, igual que impulsó a nuestros Fundadores y Fundadoras, para dar respuestas concretas a las necesidades de su tiempo. Nuestra sociedad y nuestra Iglesia necesitan con urgencia acciones que sean manifestación del amor misericordioso de Dios.

Desde hace ya cuatro años, la CLAR ha procurado dar pasos para responder a esta realidad con la creación de la Comisión para el

es algo esperado por la mayoría de las víctimas. No debe obviarse el apoyo pastoral que la familia religiosa o de la diócesis debe proporcionar al victimario, pero esto no puede ser ni lo primero, ni lo único. A veces nos pasa que pensamos primero en la dignidad del agresor (que la tiene, sin duda) porque lo conocemos desde hace varios años, porque lo consideramos una persona incapaz de hacer una cosa semejante, o porque hay una tendencia, yo diría "natural" en evitar el escándalo y una mala imagen de nuestra institución... pero, al hacer las consideraciones entre las personas involucradas (una vulnerada, otra que ha vulnerado, la cual, muy posiblemente, también presente heridas interiores), la dignidad y restitución de la víctima debe ir primero.

Cuidado y de la Protección de niños, niñas y adultos vulnerables. Hemos motivado e invitado a cada Conferencia Nacional a establecer una Comisión en cada país que pueda promover programas de formación, de reflexión y de acción. Hemos obtenido respuestas muy variadas y hemos sido testigos de iniciativas novedosas. Y creemos que hace falta más: es necesaria la implicación de cada uno de nosotros, religiosas y religiosos, en el propio cuidado de su relación con los demás; de cada comunidad, en procurar ambientes seguros y protectores para las personas con las que compartimos vida y trabajo apostólico. Aún existen Congregaciones que necesitan apoyo y asesoría para establecer programas, políticas y protocolos que ayuden a prevenir cualquier tipo de abusos y que promuevan ambientes que cuiden la vida, donde las personas que interactúan con nosotros encuentren relaciones auténticas, que hagan crecer, sanar y liberar. Involucrarnos seriamente en estas tareas aún representa un reto en muchas partes de nuestros países de América Latina, tan marcada por la violencia y la discriminación.

Así que... ¡Vamos... ya es la hora! de María, primera discípula de Jesús y mujer llena del Espíritu Santo. Aprendamos que enfrentar esta realidad no será posible sin una profunda unión con Dios, que necesitamos una experiencia espiritual profunda y serena, para poder responder adecuadamente. Imit-

mos a María en su prontitud para ponerse al servicio de los demás, como en la Visitación; en el estar atentos a las necesidades de los demás, como en Caná. Imitemos su abandono en manos de Dios: "Que se haga en mí..." Escuchemos su invitación a hacer lo que Jesús nos diga, y pongámonos manos a la obra, con la confianza puesta en Dios, que es Señor de la Vida y de la Historia.

Bibliografía:

Francisco. "Discurso a los miembros de la Asociación "Meter". *Vatican.va*, [https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/may/documents/papa-](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/may/documents/papa-francesco_20210515_associazione-meter.html)

[francesco_20210515_associazione-meter.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2021/may/documents/papa-francesco_20210515_associazione-meter.html) (Consultado el 21 de julio de 2021).

_____. "Carta al Pueblo de Dios". *Vatican.va*, https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2018/documents/papa-francesco_20180820_lettera-popolo-didio.html (Consultado el 30 de julio de 2021)

Juan Pablo II. "Audiencia General sobre la Virtud de la Justicia". *Vatican.va*, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/audiences/1978/documents/hf_jp-ii_aud_19781108.html (consultado el 30 de julio de 2021).